

# MIR: Análisis y perspectivas de la situación nacional

---

## *Documento de Discusión Interna. 1970*

El actual momento chileno se caracteriza por una ofensiva del movimiento de masas, que se ha visto favorecida en cierta medida por la división reinante entre las filas de las clases dominantes. Esta ofensiva se realiza bajo el signo del reformismo y aparece de inmediato como un factor que contribuye al fortalecimiento de esta tendencia política. Sin embargo, todo auge reformista es favorable también a la izquierda revolucionaria, por dos razones: primero, porque no es sino la expresión de la movilización de las masas por sus reivindicaciones, aunque dentro del marco institucional vigente; segundo, porque, si esa movilización no es frustrada prematuramente, tiende a chocar necesariamente con el marco institucional y a desbordar, por tanto, el reformismo buscando otra forma de expresión, que no puede ser sino revolucionaria. Es por lo que, en tales circunstancias, incumbe a las vanguardias intervenir en el proceso con el fin de acelerar la transición de las masas desde una forma de expresión política a la otra.

Desde luego, esto exige de las vanguardias un esfuerzo considerable. El problema a que se deben enfrentar es, en efecto, doble: contribuir activamente a la radicalización del movimiento de masas, al propio tiempo que marchar junto a él, poniendo especial atención en no entregarse a su propia dinámica y verse así cortadas de la dinámica de las masas. Las vanguardias han de marchar, pues, sobre el filo de una navaja, amenazadas constantemente de desviaciones como el voluntarismo y el subjetivismo, por un lado, y el seguidismo y el espontaneísmo, por otro. Evitar esas desviaciones de izquierda y de derecha suponen madurez política y cohesión orgánica, que les permitan adecuar su táctica al ritmo del movimiento de masas y estar así siempre un paso adelante de estas, sin retrasarse, pero tampoco sin adelantarse excesivamente.

La complejidad del problema que se presenta a la izquierda revolucionaria, en coyunturas de esta naturaleza, la llevó al fracaso, cuando se presentaron oportunidades similares en otros países latinoamericanos, como, por ejemplo, Venezuela en 1958-1962 y Brasil en 1961-1964. Esas experiencias han dejado muchas enseñanzas, útiles para que evitemos cometer ahora los mismos errores. Más importantes, sin embargo, que esas enseñanzas son las diferencias que se presentan ahora, tanto en lo referente a la situación internacional como en lo que respecta a la situación interna.

En el primer caso, vivimos un momento en que la política exterior norteamericana dista de tener la agresividad que exhibió entre 1960 y 1968, ya por la mayor participación de sectores capitalistas más tradicionales en el poder, que expresan el actual gobierno republicano, ya porque las dificultades con que chocan los Estados Unidos en el plano internacional, incluso Latinoamérica, les impone una mayor prudencia. Por otra parte, el peso más ponderable que tienen hoy en las decisiones latinoamericanas países como Brasil y Argentina, así como los conflictivos objetivos que mantienen entre sí en materia de política externa, pueden representar un factor de mutua neutralización; esto, aunado a los intereses específicos del actual régimen peruano y, en menor medida, del boliviano, es

susceptible de comprometer la unidad o por lo menos la rapidez de acción del imperialismo y de las burguesías latinoamericanas.

En cuanto a la situación interna de Chile, es necesario destacar la existencia de por lo menos dos factores que individualizan históricamente la actual coyuntura: por un lado, una mayor definición de las relaciones de clases, apareciendo, en el polo relativo a los trabajadores, grados de conciencia y de organización muy superiores a los que se dieron en las experiencias mencionadas; por otro lado, la existencia de una izquierda revolucionaria, que logró un mayor nivel de desarrollo y maduración que las que actuaron en aquellas oportunidades, y que llegó a iniciarse en el campo de la lucha armada antes que se produjera el derrumbe institucional.

Todo esto supone condiciones más favorables para que –del mismo modo como acaba de registrar un resultado electoral sin precedentes– la historia chilena pueda registrar también el primer éxito en América Latina de un proceso que, partiendo de una perspectiva reformista, se proyecta hacia una verdadera revolución. Para que la izquierda revolucionaria chilena sea capaz de llevar a cabo esa hazaña, es indispensable que actúe con una clara conciencia de la situación creada después del 4. Con el propósito de contribuir en este sentido, trataremos aquí, primeramente, de caracterizar esa situación, para examinar en seguida algunas cuestiones de estrategia y táctica a que hemos de enfrentarnos y, finalmente, proceder a hacer algunas señalizaciones de orden organizativo y operacional.

Aún antes que se configurara el resultado del acto eleccionario, sabíamos ya que éste representaba tan sólo el primer momento de una etapa, que se prolongaría hasta el 24 de octubre. Esta etapa, que sigue su curso, se define por su intento de composición entre el reformismo y la burguesía, con el fin de lograr en el Congreso Pleno un acuerdo favorable a ambas partes. Como en toda negociación entre dos bloques políticos, esto refuerza a los sectores más moderados, como el PC y la DC, agudizando las contradicciones de éstos con los extremos de los dos bloques, es decir, el MAPU y el PS, o por lo menos sectores de éste, en la UP, y la derecha en el conjunto de fuerzas que representan políticamente a las clases dominantes.

Esta polarización tiene sus ventajas para las agrupaciones empeñadas en la transacción, ya que acrecienta el poder de discusión de cada una en relación a la otra, permitiéndoles jugar al chantaje con mayor éxito. Pero el hecho mismo de que las negociaciones tengan que llevarse a cabo a partir de posiciones de fuerza alienta factores que, si no las conducen necesariamente a la frustración (lo cual, sin embargo, puede ocurrir), crean por lo menos condiciones para que, a la larga, el resultado de la transacción sea objeto de un deterioro permanente y acabe por ser puesto en jaque.

Así es como el PC no puede prescindir de la presencia de fuerzas a su izquierda y de una cierta movilización de masas para poder doblarle la mano a la burguesía; su acción va encaminada, pues, no a desligarse de esas fuerzas o a renunciar a la movilización de masas, sino a mantenerlas bajo control. El éxito de esa operación depende, en una amplia medida, de la capacidad que tenga para mantener su hegemonía en la UP, y sobre el movimiento de masas; esto lo lleva a tratar de neutralizar a la izquierda revolucionaria, e incluso a combatirla, si las circunstancias lo exigen. Estas circunstancias serán determinadas por la acción de la misma izquierda revolucionaria y por el grado de aceptación o de resistencia que encuentren sus planteamientos junto a la burguesía. Lo esencial, por ahora, es para nosotros subrayar el hecho de que, cualquiera que sean las relaciones que se establezcan entre el PC y la izquierda revolucionaria, el primero no puede enfrentarse abiertamente

a los sectores más radicalizados de la UP, ni tampoco intentar la desmovilización total del movimiento de masas.

La burguesía, a su vez, tiene como arma principal en las negociaciones la amenaza derechista, además de las presiones internacionales que se desencadenen contra el pacto. Desde luego, la incidencia de estas presiones será condicionada por las condiciones internas del país; esto es, los factores externos sólo asumirán un papel importante en la medida en que la burguesía tienda a rehuir la transacción, pero no podrán en ningún momento determinar la viabilidad o la inviabilidad de esa transacción. El papel de la derecha es, aquí, más significativo, y es incluso por su intermedio que la intervención externa se hará presente. Parece obvio que la derecha no tiene fuerza suficiente en el actual momento para liderar a la burguesía y que, inversamente, las fracciones burguesas de más peso correspondan al PDC. Sin embargo, la misma DC ha estado dividida y es esta división lo que aumenta las posibilidades de la derecha para llegar a imponer su solución. Pero, aunque la derecha no lograra hacerlo, y aún si la burguesía se viera forzada a reprimirla, en la hipótesis de que la derecha intentase actuar por cuenta propia, en ningún momento la burguesía aceptaría deshacerse de ella, puesto que, más que una carta en el juego, la derecha representa una reserva para futuras eventualidades. Con esto, no se podrá proceder al desmantelamiento de las estructuras de poder de la derecha y lo más probable es que sus mismos aparatos armados sean preservados.

Antes de analizar las implicaciones de esta situación, conviene tener claro cuáles son las probabilidades de que se llegue a un compromiso en el Congreso Pleno. Existe actualmente la tendencia a atribuir la división de las fuerzas burguesas en el proceso electoral a un simple error de cálculo o a la disposición subjetiva de los principales personajes de la política burguesa. Independientemente del grado en que estos factores hayan influido, es evidente que la burguesía chilena está pasando por una etapa que no puede dejar de producir fricciones entre los sectores que la componen. Esa etapa corresponde a la afirmación hegemónica de la burguesía industrial, afirmación que se lleva a cabo bajo la conducción del gran capital.

Esto se deriva de dos factores: por un lado, la acumulación de capital llevada a cabo en la etapa previa de la industrialización, la cual se ha visto acelerada por los mayores ingresos proporcionados por el sector externo, provoca la necesidad de ampliar el campo de inversión, esto es, las oportunidades para llevar adelante el proceso de acumulación; por otro lado, las perspectivas todavía prometedoras que se dan en la industrialización sustitutiva de bienes de consumo inmediato y las posibilidades prácticamente por explorar de la sustitución de bienes intermedios de capital y de consumo duradero llevan al capital a moverse en dirección a la activación de la industrialización.

La burguesía industrial tiende así a reformar las estructuras de la economía chilena, con el fin de drenar hacia sí la mayor parte del capital disponible, el cual se ve inmovilizado o desviado hacia gastos improductivos por la acción de esas estructuras, principalmente las que predominan en la minería, en el sector financiero y en la agricultura. La minería del cobre es particularmente importante, desde este punto de vista: se trata allí no sólo de integrar definitivamente ese sector a la economía nacional, desviando hacia la economía interna el flujo de capital que se va hacia el exterior, como también de aprovechar las posibilidades de industrialización que él genera (cobre en barras, alambres, etc.), lo que además aumentaría los ingresos de divisas por este concepto. Señalemos otro factor importante en la actual dinámica de la burguesía industrial: la tendencia a la integración regional de mercados, de la que el Pacto Andino es una expresión, implica un estímulo a la inversión

en la industria, el tiempo que origina de la tecnología cada vez más cara y sofisticada que esa inversión emplea, la cual acarrea la exigencia de ampliar la escala de mercado.

Este proceso, que se está llevando a cabo en Perú de manera acelerada, había sido iniciado ya con Frei. Ante el reto que el Perú empieza a plantear, se hace más que nunca necesario a la burguesía chilena intensificar el ritmo que le había imprimido. Esta es, en lo fundamental, la razón por la cual no pudo aceptar los planteamientos de la candidatura Alessandri, la cual, representando a los grupos que se benefician de las antiguas estructuras y a una burguesía industrial más tradicional, prometía muy poco en este sentido. Es también la causa de la radicalización traída por Tomic a la política democratacristiana. En una cierta medida, la plataforma reformista levantada por la UP puede ajustarse a las necesidades actuales de la burguesía.

¿En qué medida? Básicamente, si la UP puede asegurar que la movilización de masas que está por detrás de ella servirá, sin entorpecer, los intereses burgueses. Esto es posible si lo que se implemente del programa reformista sean aquellos puntos que se refieren a las nacionalizaciones (cobre, banca, etc.), y a la reforma agraria. Aparecen empero dos dificultades: primero, la de que la UP sea capaz de impedir que las masas arranquen conquistas sociales que mermen la tasa de beneficios y, segundo, la de que la política de la UP acarree una ruptura tal con el imperialismo que le corte a la burguesía el acceso a las fuentes de capital y de tecnología de que éste dispone. Es de señalarse que, dado que se verifica todavía posibilidades de que expansión de la sustitución de bienes de consumo no durable, la burguesía posee cierta autonomía frente al imperialismo; esa autonomía es aún más palpable por el hecho de que el grado de integración del capital nacional con el extranjero es aún bajo en la industria, lo que significa que existe aún en Chile una burguesía nacional capaz de ser movilizad. Sin embargo, esa autonomía tiene límites bien definidos: la dependencia tecnológica, la necesidad de mercados para el cobre, y la cuestión que se deriva de las indemnizaciones a los grupos extranjeros; en efecto, estos no podrían retirar del país la indemnización recibida sin provocar una crisis en el sector externo, y tampoco quedarse sin que les proporcionasen campos de inversión, principalmente en la industria.

Estos son algunos de los problemas a ser resueltos por la burguesía y el reformismo. Lo que nos cabe indicar aquí es que existen condiciones objetivas para un acuerdo, pero que hay varios puntos a negociar para hacerlo viable. Por otra parte, aunque el peso de este factor sea ponderable en las negociaciones que se están realizando, los factores políticos derivados de la acción de las izquierdas, de la radicalización de las masas y de los grupos de derecha influyen también fuertemente. En una palabra, el análisis económico nos revela si hay o no una base real para el pacto, pero éste es un acto eminentemente político.

Adoptaremos aquí la hipótesis de que el pacto se llevará a cabo; por tres razones: primero, en virtud de que es viable; segundo, porque es lo único que nos permite trazar una línea política a mediano plazo; tercero, porque, cualquiera sea la colusión, no nos cambia en lo esencial el planteamiento para el período actual. Si los acontecimientos se precipitan y la ruptura entre los grupos burgueses y reformistas se da antes de noviembre, estaremos en una amplia medida a merced de la improvisación. Lo máximo que podemos hacer, y que en cualquier hipótesis tendrá que hacerse, es mantenernos en un permanente estado de movilización, listos para hacer frente a cualquier eventualidad, desde el punto de vista de la preservación del partido y de la legitimación definitiva de nuestra línea insurreccional a los ojos de la masa.

En el caso de que el pacto se consume, es de esperarse que sigan acrecentándose las contradicciones contenidas en las negociaciones en curso, es decir, que los sectores de izquierda se radicalicen, concomitantemente a una mayor radicalización del movimiento de masas; lo mismo pasará con el polo derechista. Ello se hará siempre en desmedro del reformismo y como resultado de su contradicción intrínseca; la de que constituye una fuerza que busca afirmarse en el plano de la política burguesa con base en la dinámica de las clases explotadas. En otros términos, el desarrollo de la lucha de clases, en el marco de un gobierno reformista, favorece siempre el desarrollo de los polos extremos y conduce a un deslinde de posiciones, que acaba por retirar toda base de sustentación al reformismo. Esto significa que el compromiso a que se pueda llegar en la presente etapa del proceso contiene en si los elementos que trabajan en el sentido de su ruptura y lleva a un enfrentamiento entre las fuerzas opuestas.

El desenlace de ese enfrentamiento depende de la correlación de fuerzas que se haya gestado con anterioridad, esto es, en el curso de la segunda etapa. Puede traducirse en un régimen de fuerza, probablemente de corte militar, cuya implantación, dada la gran organicidad de los partidos de izquierda y del movimiento de masas en Chile, sólo podría lograrse mediante una terrible violencia; pero puede traducirse también, precisamente por esas características de la izquierda y de las masas chilenas, en una guerra civil revolucionaria. Es en este sentido que debemos trabajar.

La aplicación de una línea estratégica que busque el enfrentamiento de clases en el marco de una guerra civil debe partir de la situación actual en que se encuentra el movimiento de masas. Esta situación se define fundamentalmente por el hecho de que, en función del acto eleccionario, el pueblo chileno ha manifestado su decisión de sustraerse a la dominación burguesa y constituir su propio poder. Es cierto que las masas expresan esa determinación a través de las mediaciones impuestas por el reformismo; pero la responsabilidad de esto cabe menos a ellas que a sus direcciones políticas. Después de décadas de conducción reformista es natural que la decisión de las masas asuma ese carácter. Nuestro objetivo debe ser precisamente el de conferirle un carácter revolucionario, mediante la desmitificación sistemática del reformismo, que permita a las masas tomar conciencia de que no se accede al poder sino arrancando de allí al enemigo de clase.

En el plano táctico, esto significa, en la primera etapa que señalamos, y que llamaremos de defensa del triunfo electoral, llevar a la masa a organizar las bases de su propio poder. No hay que permitir que ellas permanezcan en la expectativa de las negociaciones que tienen lugar en la esfera oficial, y que su movilización sea tan sólo una de las cartas que allí se barajan. La confianza en sí mismas que el triunfo les ha dado debe traducirse en la decisión de hacer efectivo ese triunfo, o sea, a la decisión de imponerlo a las fuerzas políticas. Observemos que, sea cual sea la hipótesis planteada en relación al desenlace de esta etapa, ello no implica ningún cambio táctico significativo. Movilizar a las masas para la defensa del triunfo es profundizar su decisión de poder y darle un contenido revolucionario, haciéndolas conscientes de que la conquista del poder depende en última instancia de ellas mismas; por otra parte, es llevarlas a echar las bases de su propio poder, a partir del cual podrán lanzarse al asalto del poder burgués.

La organización de las masas sólo puede hacerse a partir de sus reivindicaciones inmediatas y con ámbito local. No nos es posible en este momento pensar en estructurar un poder obrero o campesino en escala nacional; al contrario, es con base en la organización de la masa en sus centros

de trabajo y de habitación que crearemos las premisas de una organización nacional, susceptible de plantearse, en la segunda etapa –la del gobierno popular– como un poder alternativo.

Esa organización molecular del movimiento de masas nos permitirá hacer avanzar el movimiento de masas de acuerdo al ritmo necesariamente desigual que presentará en distintos frentes y en cada zona. Con esto no nos ataremos las manos esperando que las masas hayan madurado globalmente para plantearles el paso a la segunda etapa, sino que, en donde se den las condiciones, las impulsaremos inmediatamente a constituirse en poder local. Las tareas que cumplirá cada centro de poder local pueden variar desde la toma y gestión de fábricas y fundos, hasta el ejercicio íntegro de las atribuciones propias al poder político local, como sean la distribución de agua, los servicios de policía y las Fuerzas Armadas, etc.

Pese a la diversidad que pueda darse en el movimiento de masas, en cuanto a grados de conciencia y de movilización, lo más probable es que las dos etapas que distinguimos planteen límites a nuestras consignas. Así, en la primera, el énfasis tendrá que estar más en la concientización y la movilización orgánica, que implican naturalmente la agitación y la propaganda sobre la necesidad de que el pueblo se arme; en la segunda etapa, y una vez lograda la movilización orgánica, el énfasis se desplazará hacia el ejercicio del poder local y sobre todo la reivindicación del armamento. No se trata con esto de poner a la masa en la dependencia de que el armamento le sea concedido, sino de llevarla a procurarse las armas por sus propios medios –aunque no sea de descartarse que por lo menos parte del armamento pueda ser recibido del Gobierno o de sectores de éste.

Habría que considerar las condiciones generales de que dispondremos para aplicar esos planteamientos tácticos, condiciones que hacen tanto a la izquierda como al movimiento de masas. En relación a la izquierda, señalamos ya que la hegemonía estará en manos de los partidos reformistas y especialmente del PC; pero mostramos también que el reformismo encierra una contradicción objetiva, en el sentido de que su fuerza adviene de la movilización de masas. Ahora bien, aunque se base en esta, el reformismo tiene que imponerle un límite que la dinámica del movimiento de masas tiende espontáneamente a rebasar y que se rompe inevitablemente cuando esa dinámica encuentra una conducción revolucionaria.

El problema a que nos enfrentamos aquí es el de llegar a las masas, rompiendo el cordón sanitario que el reformismo tratará de establecer en torno a nosotros. Para esto es necesario movilizar lo que tenemos ya en términos de masa y, valiéndonos de las contradicciones internas de la UF, ganarnos los sectores más radicalizados que allí están, constituyendo un frente de izquierda. No podremos hacer ni una cosa ni otra si no tenemos un planteamiento político definido que nos permita afirmarnos como alternativa al reformismo tanto en el seno del movimiento de masas como en la izquierda.

En este sentido conviene tener presente que la coyuntura de ascenso popular como esta repercuten sobre la izquierda, induciéndola a desviaciones o a errores de apreciación. El período preelectoral nos ha mostrado que en el mismo partido ello se ha producido, dejando un saldo negativo que es necesario ahora rescatar. El no haber llevado a cabo la política de acciones directas que preveía el documento electoral, representó desperdiciar una magnífica oportunidad para capitalizar, en el marco de nuestra línea, el triunfo electoral; el habernos dejado llevar por el "fechismo", confiriendo al 4 un significado casi mágico, además de ser un tributo al espontaneísmo, implicó pérdida de tiempo y desgaste para los cuadros. Es verdad que el balance general arroja, para el período, un

saldo positivo, principalmente en lo que se refiere a la ligazón con el movimiento de masas y la constitución de un frente de izquierda. Pero esos frutos se perderán si no somos ahora capaces de representar a las masas y a los sectores radicalizados de la izquierda una clara alternativa revolucionaria.

Esa alternativa debe corresponder a las condiciones objetivas que presenta la lucha de clases, lo que significa que tendremos que analizar correctamente la situación y, confiando siempre en la capacidad de las masas, no esperar milagros: ni las masas van a superar de un salto la perspectiva reformista, ni dejarán de estar sujetas a ascensos y descensos en su proceso de radicalización progresiva. La perspectiva reformista sólo será superada mediante la intervención decidida de la vanguardia revolucionaria; las fluctuaciones de su evolución tendencial hacen prever un período de movilización hasta noviembre y una probable baja en los meses subsecuentes, recuperándose posteriormente el movimiento para alcanzar un nivel más alto que ahora. Lo que podremos hacer para modificar esa tendencia es relativamente poco y los cuadros deben estar preparados para enfrentarse a los períodos de auge y receso, sin lo que tendremos que enfrentarnos a crisis internas.

Desde el punto de vista propiamente operacional, habrá que resolver algunas cuestiones. Una de ellas es la combinación del trabajo legal y clandestino, que se hará particularmente aguda si el Gobierno de la UP asume en noviembre. En esta hipótesis es necesario saber explotar al máximo las posibilidades de acción legal, proyectando líderes de masa y editando un periódico nacional, sin descuidar el montaje de las estructuras clandestinas y los aparatos armados. Por otra parte, ya como preparación para esa eventual fase legal, ya como elemento destinado a facilitar la aplicación de nuestra táctica, es conveniente llevar a cabo ahora una ofensiva en los sectores más permeables a nuestra influencia, como lo son los sectores estudiantiles y pobladores. Con relación al primero, lo más urgente es contar con una línea y una coordinación nacionales; respecto al segundo, tratase de seguir la línea hasta ahora aplicada con base en la experiencia ya adquirida, la cual se adapta perfectamente a la consigna del poder local.

Una segunda cuestión relevante se refiere a la definición de prioridades en relación a los frentes de masa. Desde luego, las características generales del proceso actual llevan a que se perfilen como decisivos, para la eclosión de la guerra civil, los sectores urbanos, principalmente los obreros; sin embargo, tanto las capas medias, en que se destaca el movimiento estudiantil, como el frente de pobladores juegan un papel importante como factores de aceleración de proceso. Por otra parte, aparece como un imperativo profundizar el trabajo junto a las Fuerzas Armadas, con el propósito de crear condiciones favorables para el desencadenamiento de la guerra civil.

Una vez que esto se haya logrado es, sin embargo, posible que adquiera el carácter de guerra prolongada, lo que daría un papel destacado al campo. La intensificación del trabajo campesino, en donde ya se está llevando a cabo y la apertura de nuevos frentes aparece como necesarios, siendo conveniente determinar desde ahora las áreas en que estos últimos deben ser abiertos. Una parte de trabajo urbano, principalmente en el sector estudiantil y particularmente en las escuelas de verano, puede orientarse en esa dirección.

Los distintos puntos aquí levantados, principalmente los que se refieren a las cuestiones operacionales, necesitan ser tratados más a fondo y deben ser objeto de documentos específicos. Mientras tanto, lo que se está imponiendo como lo más urgente es la definición de una estrategia general y de grandes líneas tácticas, que permitan al partido empezar, a todos sus niveles, una labor

de clarificación política sobre el papel que le cabe en el proceso revolucionario chileno y las tareas que allí habrá de cumplir cada regional, cada sector, cada militante.